

de nuevo en la ley de la distribución económica, *los productos se compran con productos*. El comunismo, muchas veces me he quejado de esto, es la negación misma de la sociedad en su base, que es la equivalencia progresiva de las funciones y de las aptitudes. Los comunistas, hacia los cuales propende el socialismo todo, no creen en la igualdad natural ni en la obtenida por la educación; la suplen con decretos soberanos, por más que hagan, incapaces de ser puestos en práctica. En vez de buscar la justicia en la relación de los hechos, la buscan en su propia sensibilidad, dando el nombre de tal á todo lo que les parece amor al prójimo, y confundiendo sin cesar las cosas de la razón con las del sentimiento.

¿Por qué hacer intervenir constantemente en cuestiones de economía la fraternidad, la caridad, el desinterés y Dios? ¿Será acaso porque los utopistas encuentran más fácil discurrir sobre esas grandes palabras, que estudiar seriamente las manifestaciones sociales?

¡Fraternidad! Tan hermanos como os plazca, con tal que yo sea el primogénito y vosotros el hermano menor; con tal que la sociedad, nuestra comun madre, honre mi primogenitura y mis servicios doblando mi parte.—Decís que proveereis á mis necesidades, según vuestros recursos. Yo quiero, por lo contrario, que los proveais según mi trabajo: si no, dejo de trabajar.

¡Caridad! niego la caridad, puro misticismo. En vano me habláis de fraternidad y de amor: estoy convencido de que no me amáis mucho, y siento por mi parte que tampoco os amo. Vuestra amistad es fingida, y si me amáis, es por interés. Yo pido lo que me corresponde, y nada más que lo que me corresponde; ¿por qué me lo habeis de rehusar?

¡Desinterés! niego el desinterés, misticismo tam-

bien. Habladme de *debe* y de *haber*, único criterio, á mis ojos, de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal en la sociedad. A cada cual según sus obras, por de pronto; y si por acaso me siento llevado á socorridos, lo haré de grado; pero no quiero que se me obligue á hacerlo. Obligarme al desinterés es asesinarme.

¡Dios! no conozco á Dios, también misticismo puro. Empezad por rayar esta palabra de vuestros discursos, si quereis que os atienda: porque tres siglos de experiencia me han enseñado, que todo el que me habla de Dios, ó conspira contra mi libertad ó contra mi bolsa. ¿Cuánto me debeis? ¿cuánto os debo? Hé aquí mi religión y mi Dios.

El monopolio existe por obra de la naturaleza y del hombre: tiene á la vez su raíz en lo más profundo de nuestra conciencia, y en el hecho exterior de nuestra individualización. Del mismo modo que en nuestro cuerpo y en nuestra inteligencia todo es especialidad y propiedad, así nuestro trabajo se manifiesta con un carácter propio y específico, que constituye su calidad y su valor. Y como el trabajo no puede verificarse sin una materia ú objeto de ejercicio, llamando necesariamente la persona á la cosa, se establece el monopolio del sugeto al objeto, tan infaliblemente como se constituye la duración de lo pasado á lo futuro. Las abejas, las hormigas y demás animales que viven en sociedad, individualmente considerados, no parecen sino autómatas: en ellos el alma y el instinto son casi exclusivamente colectivos. Esta es la razón por qué entre estos animales no cabe privilegio ni monopolio; esta es la razón por qué en sus operaciones, aun las más reflexivas, no se consultan ni deliberan. Pero estando la humanidad individualizada en su pluralidad, el hombre se hace necesariamente monopolizador, puesto que no es nada no siéndolo; y el problema



social consiste en saber, no cómo se abolirán, sino cómo se conciliarán todos los monopolios.

Los efectos más notables y más inmediatos del monopolio son:

1.º En el orden político, la clasificación de la humanidad en familias, tribus, ciudades, naciones, Estados; es decir, en la división elemental de la humanidad en grupos y subgrupos de trabajadores distinguidos por sus razas, sus lenguas, sus costumbres y sus climas. Por medio del monopolio ha tomado la especie humana posesión del globo, así como por medio de la asociación llegará á dominarlo completa y soberanamente.

El derecho político y civil, tal como le han concedido todos los legisladores sin excepción y le han formulado los jurisconsultos, producido por esa organización patriótica y nacional de las sociedades, forma en la serie de las contradicciones sociales una primera y vasta ramificación, cuyo estudio exigiria por sí sólo cuatro veces más tiempo del que podemos consagrar á la cuestión de economía industrial propuesta por la Academia.

2.º En el orden económico, el monopolio contribuye al aumento de bienestar, primero multiplicando la riqueza general por la sucesiva perfección de los medios destinados á producirla, luego CAPITALIZANDO, ó lo que es lo mismo, consolidando las conquistas del trabajo obtenidas con la división, las máquinas y la concurrencia. De ese efecto del monopolio ha resultado la ficción económica por la que el capitalista es considerado como productor y el capital como agente de producción, y luego, como consecuencia de esta ficción, la teoría del *producto neto* y del *producto bruto*.

Sobre esto tenemos que hacer algunas consideraciones. Empezemos por citar á J. B. Say :

«El valor producido es el producto *bruto*: este valor, después de deducidos los gastos de producción, es el producto *neto*.

»Considerada una nación en masa, no tiene producto neto; porque no teniendo los productos sino un valor igual á los gastos de producción, deducidos esos gastos, queda deducido todo el valor de los productos. Cuando se habla, por lo tanto, de la producción nacional, de la producción anual, debe siempre entenderse que se habla de la producción bruta.

»La renta anual es la renta bruta.

»No puede entenderse que se hable de producción neta sino cuando se trata de los intereses de un productor en oposición á los de los demás productores. Un industrial cualquiera saca su *beneficio* del valor *producido*, hecha deducción del valor *consumido*. Pero lo que es para él el valor consumido, como la compra de un servicio productivo, es para el autor del servicio una parte de renta.» (*Tratado de Economía política*, tabla analítica.)

Estas definiciones son intachables. Desgraciadamente J. B. Say no conocia todo su alcance, ni habia podido prever que las atacaria su inmediato sucesor en el Colegio de Francia. Ha pretendido refutar el Sr. Rossi la proposición de J. B. Say, de que *para una nación el producto neto es lo mismo que el producto bruto*, con la consideración de que las naciones, ni más ni menos que los industriales, nada producen sin anticipos, y con la de que si la fórmula de J. B. Say fuese verdadera, dejaria de existir el axioma de *ex nihilo nihil fit*.

Ahora bien, esto es precisamente lo que sucede. La humanidad, á la manera de Dios, lo produce todo de la nada, *de nihilo hilum*, del mismo modo que en sí misma es ella producto de la nada y de la nada pro-



cede su pensamiento; y el Sr. Rossi no habría de seguro incurrido en tal error, si no hubiese confundido con los fisiócratas los productos del *reino industrial* con los de los reinos animal, vegetal y mineral. La economía política empieza con el trabajo y se desarrolla con el trabajo; y como todo lo que no procede del trabajo vuelve á caer en el dominio de la utilidad pura, es decir, en la categoría de las cosas, que, si bien sometidas á la acción del hombre, no se han hecho aún por el trabajo susceptibles de cambio, permanece radicalmente extraño á la economía política. El mismo monopolio, aunque establecido por un mero acto de voluntad colectiva, no altera en nada estas relaciones, puesto que según la historia, según la ley escrita y según la teoría económica, el monopolio no existe ó no se reputa que exista sino con posterioridad al trabajo.

La doctrina de Say está por lo tanto intacta. Relativamente al industrial, cuya especialidad supone siempre colaboradores, el beneficio es lo que queda del valor producido después de deducirse los valores consumidos, entre los cuales es preciso contar el salario del mismo industrial, ó en otros términos, su sueldo. Relativamente á la sociedad, que encierra todas las especialidades posibles, el producto neto es idéntico al producto bruto.

Pero hay un punto cuya explicación he buscado inútilmente en Say y en los demás economistas, es á saber, cómo se establece la realidad y la legitimidad del producto neto. Porque es obvio que para hacer desaparecer el producto neto bastaría aumentar el salario de los obreros y la tasa de los valores consumidos, permaneciendo el mismo el precio de venta. De suerte que no distinguiéndose en nada, á lo que parece, el producto neto de una retención sobre los salarios, ó lo que viene á ser lo mismo, de un tributo co-

brado al consumidor, tiene el producto neto todas las apariencias de una extorsión llevada á cabo por la violencia y sin el menor átomo de derecho.

Esta dificultad ha quedado de antemano resuelta en nuestra teoría de la proporcionalidad de los valores.

Según esta teoría, todo el que beneficia una máquina, una idea ó un capital, debe ser considerado como un hombre que viene á aumentar en igualdad de gastos la suma de cierta especie de productos, y por consiguiente á aumentar la riqueza social economizando el tiempo. El principio de la legitimidad del producto neto está, pues, en los procedimientos puestos anteriormente en uso: si la nueva combinación va bien, habrá un aumento de valores y por consecuencia un beneficio, el producto neto; si descansa, por lo contrario, en una base falsa, habrá déficit en el producto bruto, y á la larga quiebra y bancarota. En el caso mismo, y este es el más frecuente, en que no haya de parte del industrial innovación alguna, como el éxito de una industria depende de la ejecución, la regla del producto neto permanece aplicable. Como por la naturaleza del monopolio toda empresa debe quedar á costa y riesgo del que la acomete, se sigue de ahí que le pertenece el producto neto por el más sagrado título que haya entre los hombres: el trabajo y la inteligencia.

Es inútil recordar que el producto neto viene muchas veces exagerado, ya por fraudulentas relaciones de salario, ya por otros medios. Son estos abusos que proceden, no del principio, sino de la codicia humana, y quedan fuera del dominio de la teoría. Por lo demás, he demostrado, al tratar de la constitución del valor, cap. II, § II: 1.º cómo el producto neto no puede exceder jamás de la diferencia resultante de la desigualdad de los medios de pro-



duccion; 2.º cómo el beneficio que para la sociedad nace de cada nueva invencion es incomparablemente mayor que realizado por el inventor. No insistiré en esas cuestiones ya agotadas: observaré tan sólo, que por el progreso industrial el producto neto tiende constantemente á disminuir para el fabricante, mientras por otro lado, el bienestar aumenta, del mismo modo que las capas concéntricas que componen el tronco del árbol, se van estrechando á medida que el árbol crece, y están más alejadas del centro.

Al lado del producto neto, recompensa natural del trabajador, he señalado como uno de los más maravillosos efectos del monopolio la *capitalizacion* de los valores, de la cual nace otra especie de beneficio, el *interés* ó alquiler de los capitales.—En cuanto á la *renta*, por más que se la confunda á menudo con el interés, por más que en el lenguaje vulgar se comprenda bajo su denominacion el beneficio y el interés mismo, difiere totalmente del interés, deriva no ya del monopolio, sino de la propiedad, y entraña una teoría especial, como diremos á su tiempo.

¿Cuál es, pues, esa realidad conocida de todos los pueblos, y sin embargo aún malísimamente definida, denominada interés ó precio del préstamo, y que da origen á la ficcion de la productividad del capital?

Todo el mundo sabe que todo el que está al frente de una empresa, al hacer la cuenta de sus gastos de produccion, los divide de ordinario en tres categorías: 1.º los valores consumidos y los servicios pagados; 2.º su sueldo ó sus gastos personales; 3.º la amortizacion y el interés de sus capitales. De esta última categoría de gastos ha nacido la distincion entre el industrial y el capitalista, por más que esos dos títulos no sean nunca sino la expresion de la misma facultad, el monopolio.

Así, una empresa industrial que sólo da el interés de los capitales y ningun producto neto, es una empresa insignificante, que no hace más que transformar sus valores sin aumentar en nada la riqueza; una empresa que no tiene razon de ser, y queda abandonada el mejor dia. ¿De qué procede, pues, que ese interés del capital no sea considerado como un equivalente del producto neto? ¿Cómo no constituye en sí mismo el producto neto?

Aquí da otro traspí la filosofía de los economistas. Para defender la usura, han pretendido que el capital era productivo, y convertido una metáfora en una realidad. Los socialistas anti-propietarios no han tenido gran trabajo en destruir sus sofismas; y ha resultado de esta polémica un descrédito de tal género para la teoría del capital, que ya hoy en el entendimiento del pueblo, *capitalista* y *ocioso* son sinónimos. No vengo, por cierto, á retractarme aquí de lo que he sostenido despues de tantos otros, ni á rehabilitar una clase de ciudadanos que tan extrañamente desconoce sus deberes; pero el interés de la ciencia y el del proletariado mismo me obligan á completar mis primeras afirmaciones, y á sostener los verdaderos principios.

1.º No hay produccion que no se verifique en vista de un consumo, es decir, de un goce. En la sociedad las palabras correlativas de produccion y consumo, del mismo modo que las de producto neto y producto bruto, designan una cosa perfectamente idéntica. Si, pues, el trabajador, luego de haber realizado un producto neto, en vez de servirse de él para aumentar su bienestar, se circunscribiese á su salario, y aplicase siempre el excedente á una nueva produccion, como hacen tantas personas que no ganan sino para comprar, la produccion aumentaria indefinidamente al paso que el bienestar, y razo-



nando bajo el punto de vista de la sociedad, la población permanecería en el *statu quo*. Ahora bien, el interés de los capitales empleados en una empresa industrial, capitales que se han ido formando paulatinamente por medio de la acumulación del producto neto, es como una transacción entre la necesidad de aumentar por una parte la producción, y por otra el bienestar; es un modo de reproducir y consumir á la vez el producto neto. Esta es la razón por qué ciertas compañías industriales pagan dividendos á sus accionistas ántes que la empresa haya podido producirlos. La vida es corta, el buen éxito viene á pasos contados; por un lado, el trabajo pide capitales; por otro, el hombre quiere goces. Para satisfacer todas estas exigencias, se aplica á la producción el producto neto; mas entre tanto (*inter-ea, inter-esse*), es decir, en tanto que se espera el nuevo producto, gozará el capitalista.

Así como la cifra del producto neto marca el progreso de la riqueza, el interés del capital, sin el que sería inútil y ni siquiera existiría el producto neto, marca el progreso del bienestar. Cualquiera que sea la forma de gobierno que se establezca entre los hombres, ora vivan en monopolio, ora en comunidad, ora tenga cada trabajador su cuenta abierta por *debe* y *haber*, ora la comunidad le distribuya el placer y el trabajo, la ley que acabamos de deducir no dejará nunca de cumplirse. Nuestras cuentas de intereses no hacen más que atestiguarlo.

2.º Los valores creados por el producto neto constituyen el ahorro, y se capitalizan bajo la forma más eminentemente susceptible de cambio, y ménos susceptible de menospreciarse, y más libre, es decir, bajo la forma de numerario, único valor constituido. Si ese capital pasa de libre á *fijo*, es decir, pasa á tomar la forma de máquinas, de edificios, etc., será

aún susceptible de cambio, pero estará mucho más expuesto que ántes á las oscilaciones de la oferta y la demanda. Una vez fijo, no podrá ya sino muy difícilmente *liberarse*; y el único recurso de su propietario titular, será la explotación. Solamente la explotación es capaz de conservar el valor nominal del capital fijo: posible es que lo aumente; posible es también que lo disminuya. Un capital transformado de esta suerte, es como si se le hubiese aventurado en una empresa marítima: el interés es la prima de seguros del capital. Y esa prima será más ó ménos fuerte, según la abundancia ó la escasez de los capitales.

Más tarde se distinguirá todavía la prima de seguros del interés del capital, y resultarán de ahí nuevos hechos; así la historia de la humanidad no es más que una perpétua distinción de los conceptos de la inteligencia.

3.º No sólo el interés de los capitales hace que el trabajador goce de sus obras y asegure sus ahorros, sino que también, y este es su más maravilloso efecto, al paso que recompensa al productor, le obliga á trabajar incesantemente y á no detenerse jamás.

Si un industrial es su propio capitalista, puede suceder que se contente por todo beneficio con retirar el interés de sus fondos; pero es entonces cierto que su industria no está ya en progreso, y que por lo tanto, sufre. Se ve esto palpablemente cuando el industrial y el capitalista son dos personas distintas: como entonces, á causa del pago de los intereses, el beneficio es absolutamente nulo para el fabricante, su industria llega á ser para él un continuo peligro, de que le interesa librarse lo más pronto posible. Porque así como el bienestar debe desarrollarse para la sociedad en una progresión indefinida, del mismo modo es ley para el productor que realice sin cesar un excedente: sin esto, su existencia es precaria,



monótona, fatigosa. El interés debido al capitalista por el productor, es como el látigo del colono que chasquea sobre la cabeza del esclavo dormido; es la voz del progreso que grita: ¡Marcha, marcha! ¡trabaja, trabaja! El destino del hombre le empuja hácia la felicidad, y esta es la razón por qué le prohíbe el descanso.

4.º El interés del dinero es, por fin, la condición de circulación de los capitales, y el principal agente de la solidaridad industrial. Este es el aspecto que han visto los economistas, y trataremos de él de una manera especial en el crédito.

He probado, y se me figura que mejor de lo que se había hecho hasta aquí:

Que el monopolio es necesario, por ser el antagonismo de la concurrencia;

Que es de la esencia de la sociedad, porque sin él no habría ésta salido jamás de los bosques primitivos, y aún hoy retrocedería rápidamente;

Y finalmente, que es la corona del productor, puesto que ya por el producto neto, ya por el interés de los capitales que entrega á la producción, proporciona al monopolizador el aumento de bienestar que merecen su previsión y sus esfuerzos.

¿Iremos, pues, á glorificar con los economistas el monopolio, y á consagrarle en provecho de los asegurados conservadores? No me opongo, con tal que, como les he dado la razón en lo que precede, me la den ellos á su vez en lo que sigue.

§ II. Desastres en el trabajo y perversion de las ideas, producidos por el monopolio.

Del mismo modo que la concurrencia, el monopolio es contradictorio en el término y en la definición. En efecto, puesto que consumo y producción son en

la sociedad cosas idénticas, y vender es sinónimo de comprar, quien dice privilegio de venta ó de explotación, dice necesariamente privilegio de consumo y de compra: lo cual conduce á la negación del uno y del otro. De aquí, prohibición tanto de consumir como de producir impuesta por el monopolio contra las clases asalariadas. La concurrencia era la guerra civil; el monopolio es el degüello de los prisioneros.

Estas diversas proposiciones reúnen todas las especies de evidencia posibles: la física, la algebraica y la metafísica. Podré hacer de ellas una exposición amplificada, pero no más, porque con sólo enunciarlas quedan demostradas.

Toda sociedad, considerada en sus relaciones económicas, se divide naturalmente en capitalistas y trabajadores, maestros y asalariados, distribuidos en una escala cuyos grados marcan los rendimientos de cada uno, ya se compongan esos rendimientos de salarios, ya de beneficios, ya de intereses, ya de alquileres ó de rentas.

De esa distribución jerárquica de las personas y de los rendimientos, resulta que el principio de Say, citado hace poco, de que *en una nación, el producto neto es igual al producto bruto*, no es ya verdadero, puesto que por efecto del monopolio, la cifra de los *precios de venta* es de mucho superior á la de los *precios de coste*. Ahora bien, como el precio de coste es, sin embargo, el que debe pagar el precio de venta, puesto que una nación no tiene en realidad otro mercado que la nación misma, se sigue de ahí que el cambio, y por lo tanto la circulación y la vida, son imposibles.

« En Francia 20 millones de trabajadores, esparcidos por todos los ramos de la ciencia, del arte y de la industria, producen todo lo que es útil para la vida del hombre. La suma de sus salarios reunidos es,